

Lunes, Martes y Miércoles de la Semana Santa.

Ildefonso Fernández Caballero

En la liturgia del Domingo de Ramos, la comunidad cristiana se puso en camino, siguiendo a Jesús hacia la Muerte y la Resurrección redentoras. Avanzamos por este mundo, peregrinos hacia la consumación de la historia humana, como “sacramento universal de salvación” que significa y al mismo tiempo realiza el misterio del amor de Dios al hombre (cf GS 45).

En los días de la Semana Santa (lunes, martes y miércoles) anteriores al Triduo Pascual, las celebraciones de la misa adquieren un acentuado clima de intimidad, ya sea en las primeras lecturas - con la proclamación de los tres poemas del Siervo, imagen de Cristo sufriente, tomados del profeta Isaías- o en las lecturas evangélicas que recuerdan comidas de Jesús al atardecer: en casa de Lázaro (lunes), y en la última cena (martes y miércoles).

Lunes Santo.

La comunidad cristiana, que se prepara a celebrar la Pascua, puede contemplarse en el espejo del “Servidor de Dios” y de la familia de Betania.

Primera lectura: Is 42, 1-7. *Alianza del pueblo y luz de las naciones.*

Este texto contiene el primero de los llamados “Cantos del Servidor del Señor”, del libro de Isaías. La liturgia cristiana, siguiendo al Nuevo Testamento, aplica a Jesús este canto y lo asume como propio de Cristo y de la Iglesia.

Cristo es el siervo elegido sobre quien el Señor ha hecho reposar su Espíritu. La difícil misión que se le confía no podría realizarse si el Señor, mediante su Espíritu, no le sostiene. Esa misión implica una entrega sacrificial, una consagración en la que el Señor se complace.

La misión encomendada al Servidor tiene alcance universal. Quien le envía es el que creó y desplegó los cielos, asentó la tierra y concede aliento y vida a todos los que se mueven en ella. Se inicia el tiempo de una creación nueva del hombre y de todo lo que el creador puso a su servicio.

Esta misión se realiza en dos niveles: en relación con el pueblo de Israel, en forma de nueva alianza, y en relación con todas las naciones de la tierra en forma de iluminación. **La persona misma del Servidor** es un don que el Señor hace a Israel y a todas las naciones; y su actividad será decisiva, no sólo para el pueblo al que pertenece, sino para todos los pueblos del mundo. En virtud de la nueva Alianza, el

Señor asume la obligación de “hacer el bien” a su pueblo y a las naciones por medio de su Servidor.

Las cualidades del Siervo y el modo de realizar su tarea aparecen bien definidas: no ostenta fuerza y poder mundanos, sino debilidad y situación de sufrimiento; no se impone, pero su llama prenderá y no se extinguirá hasta que lleve a cabo su misión.

En el Servidor sufriente se vislumbra ya la claridad de Cristo, que resplandece sobre la faz de la Iglesia. Ésta continúa hoy la misión de su Señor, en la misma situación de debilidad y sufrimiento, con signos liberadores de promoción religiosa y humana, y sostenida no por las fuerzas de este mundo sino por la energía del Espíritu.

Respuesta al salmo 26: *El Señor es mi luz y mi salvación.*

Evangelio: Jn 12, 1-11. *Muchos judíos creían en Jesús.*

En este Lunes Santo, la comunidad cristiana, que se prepara a celebrar la Pascua, puede contemplarse en el espejo de la familia de Betania.

Lázaro se ha convertido en un signo vivo y atractivo del poder salvador de Jesús. Muchos judíos se alejan de los jefes de los sacerdotes y hacen profesión pública de fe en Cristo.

Marta se muestra como ama de casa en el banquete que ofreció a Jesús para agradecerle que resucitara a su hermano; mujer de fe, comprometida en el servicio a los demás, dinámica, generosa y hospitalaria, se honra con la amistad y confianza de Jesús.

María, la hermana menor, callada y observadora, se pone a los pies de Jesús, que es la postura característica del discípulo.

Es María la que tuvo con el Maestro un gesto de generosidad y de amor más elocuente que mil palabras: “Tomó una libra (medio litro) de perfume de nardo, auténtico y costoso, le ungíó a Jesús los pies y se los enjugó con su cabellera. Y la casa se llenó de la fragancia del perfume”

Lázaro, Marta y María, la familia que acoge a Jesús, son imagen de la Iglesia en la variedad de sus vocaciones. Coincidieron, sin embargo, en que gozan de la intimidad del Señor, festejan su presencia y su acción salvadora con una comida de acción de gracias, y actualizan su muerte y proclaman su resurrección ungíéndolo para la sepultura y llenando la casa con el buen olor de la vida del resucitado.

Supuesta esa coincidencia, los fieles diversifican la acción comunitaria: unos, como Lázaro, son testigos vivientes del poder de Jesús: comparten con Él en situaciones

difíciles el riesgo de muerte; por su causa asumen la hostilidad de los poderosos y atraen a muchos a la fe. Otros, como Marta, cumplen con fidelidad y diligencia las responsabilidades en la casa común; con hechos y también con palabras (“Sí, Señor, yo creo”), proclaman la fe. Otros, como María, escogen la mejor parte y hacen de Cristo el objeto exclusivo de sus vidas.

En contraste con estas actitudes de la lectura evangélica de hoy, en las de los dos días siguientes, aparecen las actitudes de Judas, egoísta, calculador, hipócrita y traidor.

Martes Santo.

Primera lectura: Is 49, 1-6. *Para que mi salvación alcance al confín de la tierra.*

El segundo poema del Siervo, que recoge la lectura de hoy, se **refiere a su investidura**. El Siervo es investido por Dios: “El Señor me llamó en las entrañas maternas y pronunció mi nombre”, “me dijo: Tú eres mi esclavo”. La investidura del Siervo **no puede ser entendida sino desde Dios**: ha sido llamado por Dios para estar con él, recibir sus oráculos y dedicarse por entero a su causa. Para eso tiene que ser un hombre de oración. Dios debe ser el primero y lo primero en la vida del Siervo, que como tal está a la entera disposición del Señor. Las denominaciones Señor y Siervo expresan la relación del siervo con su señor.

Por otra parte, el Siervo no puede entenderse sino **en estrecha vinculación con los hombres**: el Siervo es investido “para que le trajese a Jacob, para que le reuniese a Israel”. Es un hombre de acción, comprometido con sus contemporáneos cercanos o lejanos: “Te hago luz de las naciones”. El servicio que hace a la humanidad es del orden de la liberación salvadora, que se obtiene de la cercanía de Dios y de la apertura de unos a otros; consiste en “traer”, “restablecer”, “reunir”, hacer que “mi salvación alcance hasta el confín de la tierra”.

La mediación, pues, que el Siervo establece entre Dios y los hombres **no se refiere solamente al orden del culto y de la plegaria, sino que alcanza a todo el hombre y a todos los hombres, “hasta los confines de la tierra”**.

El Siervo **habla en nombre de Dios**: “Hizo de mi boca una espada afilada”; pero su discurso se **dirige a los hombres de su tiempo, con palabras inteligibles, constructivas y alentadoras**. No es profeta de calamidades.

Experimenta un proceso de conversión cuando confiesa que, antes de que fuera llamado por Dios, había gastado sus fuerzas siguiendo algo que no es sino “viento y nada”. No se trata de una declaración de desánimo por falta de éxito en sus proyectos,

ni porque compruebe que los resultados obtenidos no corresponden a sus expectativas y esfuerzos. Es, más bien, una declaración de culpa **por haberse perdido en cosas insustanciales sin haberse centrado en la tarea que da sentido a su vida**. El Siervo rectifica y orienta su destino y su causa, su actividad y recompensa, en el Señor y en el servicio a su causa.

En este tiempo litúrgico, lo que importa no son los espectáculos religiosos que interesan por motivos turísticos, sino buscar el mejor modo de reorientar la vida y entregarse a la causa de Dios en el día a día.

Respuesta al salmo 70: *Mi boca contará tu auxilio.*

Evangelio: Jn 13, 21-33. 36-38. *A donde yo voy no me puedes seguir ahora.*

El Evangelio de hoy prevé una **doble traición a Jesús que tienen diferente desenlace: la de Judas y la de Pedro**.

Ayer el evangelista Juan nos informaba de que **Judas** fue el protagonista de la protesta formulada en casa de Lázaro por lo que, a su parecer, se trataba de un despilfarro de María al ungir a Jesús. Y el evangelista dejó constancia de un juicio muy negativo sobre el apóstol crítico: no protestaba porque le importaran los pobres “sino porque era un ladrón, y como tenía la bolsa llevaba lo que iban echando”. Como en otros casos conocidos, una pasión no combatida eficazmente puede ir apoderándose del hombre hasta que éste acaba por traicionar aun lo más sagrado para él. El dinamismo hasta llegar a la traición comienza por ceder a la pasión por el dinero, el sexo, el alcohol, la droga, la fama, o el poder...

El evangelista nos descubre que, ya antes de la cena, Judas, esclavo de la ambición y la avaricia, había dado cabida a Satanás en su corazón (13, 2). Ahora, durante la cena, surge el terrible momento de sacar a la luz pública lo que todavía estaba oculto en la intimidad. Jesús, tratando de rescatar a Judas le entrega un trozo de pan untado en señal de amistad. Paradójicamente, el gesto amable de Jesús precipitó el proceso de alejamiento de Judas. Judas abandona a Jesús y a los suyos: salió inmediatamente. Era de noche.

Cuando Judas salió del cenáculo, Jesús interpretó su propia muerte como un camino hacia el Padre. **Pedro** no llega a captar el sentido de la marcha de Jesús y no entiende cómo no le puede acompañar en el viaje, por peligroso que sea: “Señor, por qué no puedo acompañarte ahora? Daré mi vida por ti”. San Agustín comenta: “El enfermo se jactaba de su voluntad, pero el Médico conocía su debilidad; aquél prometía, éste

preveía; era osado el ignorante, y quien todo lo sabía le instruía. ¡Con cuánto había pensado cargar Pedro mirando a su voluntad e ignorando sus fuerzas...al prometer dar su vida por Cristo aún antes de haber dado Cristo su vida por él". El seguimiento del cristiano y la entrega de la vida no entran dentro de las posibilidades humanas sino que son consecuencia de la iniciativa del Padre y de la entrega de Cristo.

Hay que **subrayar, finalmente, el nexo que se establece en este evangelio entre la Cena, la glorificación del Hijo del Hombre y la glorificación del Padre**. La pasión y la muerte de Cristo son contempladas en la perspectiva gloriosa de la resurrección, tal como son actualizadas en la Eucaristía, sobre todo en la Eucaristía del domingo.

Miércoles Santo.

Primera lectura: Is 50, 4-9a. *Mi Señor me auxilia.*

El tercer poema, que se refiere también al Siervo del Señor aunque no se le mencione explícitamente, **es por excelencia el de la Pasión porque la describe anticipadamente casi en detalle.**

El Siervo es aquí como una personificación del sufrimiento humano e imagen del sufrimiento de Cristo redentor.

La fe bíblica en la salvación y liberación del hombre supone la convicción de que la fatalidad no existe. Nada es irremisible e irremediable, sino que todo puede ser renovado porque **Dios conduce la historia hacia su plenitud. El Reino de Dios se instaura progresivamente con la colaboración del esfuerzo humano**. La colaboración del hombre con Dios en la implantación de su Reino en nuestro mundo implica necesariamente momentos de conflicto con las fuerzas del mal; entonces, el sufrimiento es la manifestación de la lealtad y la fidelidad a la causa de la verdad, de la justicia y del bien, en definitiva, a la causa de Dios.

Es este el sentido del término "misterio" aplicado al sufrimiento. En el lenguaje ordinario llamamos misterio a lo que nos resulta oscuro y difícil de comprender, mientras que **en términos religiosos se entiende por misterio el ámbito donde Dios y el hombre se encuentran y relacionan.**

Dios y el Siervo entran en relación mediante la Palabra. La Palabra de Dios espabila el oído del Siervo; no le incita a la violencia sino a la acción alentadora de los abatidos. **El Siervo no responde con violencia a los violentos**; la eficacia de la acción violenta es sólo aparente porque no rompe, sino que prolonga e incrementa la espiral de la violencia. La Palabra de Dios penetra en el hombre aquietando sus pasiones, con tal de que éste no se rebale ni se eche atrás sino que la acoja libremente; y el Siervo se deja transformar por la Palabra de Dios no sin sufrimiento y dolor.

Por eso el Siervo representa a todos aquellos que hacen de la propia vida una ocasión de encuentro personal con Dios, se dejan transformar por Él, aceptando los sufrimientos que esta acción transformadora lleva consigo, y se convierten en

transmisores de la Palabra de Dios, que es también consuelo y fortaleza para los otros que sufren.

La aceptación del sufrimiento en la prosecución de las causas justas puede parecer menos eficaz que las imposiciones violentas, pero va a sanar la raíz de donde brotan la injusticia y la maldad. Por eso el Siervo, de acuerdo con el plan de Dios, ofreció la espalda a los que golpeaban, la mejilla a quienes lesionaban su dignidad, y no ocultó el rostro a insultos y salivazos. Es el precio a pagar por la resistencia pacífica a las fuerzas del mal. Dios no excluye a nadie de este sufrimiento y sacrificio, ni siquiera a su propio Hijo a quien el Siervo representa por antonomasia.

Respuesta al salmo: *Señor, que tu bondad me consuele en el día de tu favor.*

Evangelio: Mt 26, 14-25 *El Hijo del hombre se va, como está escrito; pero ¡ay del que va a entregarlo!*

Para el evangelista Mateo, **la Pascua de Jesús es una teofanía, manifestación de Dios, que se realiza en tres tiempos: la muerte, la sepultura y la resurrección del Hijo de Dios.**

El pasaje evangélico de la Misa de hoy pertenece al primero de esos tiempos: Jesús avanza hacia la muerte, pero dominando el desarrollo de los acontecimientos. Él ha dispuesto todo lo necesario para la celebración de la cena pascual, eligiendo el lugar de la celebración en la Ciudad santa. Conforme a lo previsto por él, se reúne con su nueva familia de discípulos; con esta familia inaugurará una una nueva alianza sellada con su sangre.

La Cena de pascua es conmemoración de la acción liberadora de Dios que tuvo lugar en Egipto; durante la comida, Jesús explica a los suyos, mediante gestos y palabras, el sentido de un nuevo éxodo, de una nueva pascua, y de una nueva y eterna alianza referidos a su propia muerte.

Él conoce todos los detalles del complot que han tramado sus enemigos para llevarle a la cruz, pero muestra que no son los enemigos quienes llevan la iniciativa, sino que su entrega es voluntaria, en obediencia a un plan de Dios manifestado en las Escrituras. Con pleno dominio de la situación se dirige a los discípulos para anunciarles el destino que le aguarda. Identifica al traidor en tres declaraciones: la primera la hace Jesús “mientras comía”, con dolor y firmeza. Todos los discípulos debieron quedar sobrecogidos y consternados, incluido el traidor.

La segunda declaración es respuesta a las preguntas de los once discípulos inocentes. Parece contener una alusión al salmo 40, 10, en el sentido indeterminado de que lo entrega “quien come en una misma mesa conmigo”; o quizá, más en concreto, a los tres o cuatro comensales que se sirven del plato más próximo a Jesús. Esta declaración termina con un tremendo lamento en el que se pone de relieve la gravedad de la traición. Jesús se entrega libremente, su entrega será redentora; pero el mal es el mal, y en la vida no todo vale: hay cosas por cuya acción “más valdría no haber nacido”.

La tercera declaración es una respuesta individual a la pregunta del traidor. Éste, para no ser delatado por su propio silencio, pregunta si es él, y Jesús responde sin ambages: “Así es”. Oída la respuesta, el traidor abandonó espiritual y físicamente a Jesús y a su comunidad.